

LOS SILENCIOS Y LAS CORBATAS

SEGÚN se cuenta, veinte minutos le bastaron al señor secretario general del PSOE para restablecer un confortable silencio entre renovadores y guerristas, en la reunión, el otro día, de la Ejecutiva del partido. Hay un viejo refrán que dice que lo bueno, si breve, es dos veces bueno. El ex presidente González se atuvo al refrán.

Hombre de muchas, elocuentes palabras, González tiene la virtud de no decir nada utilizando muchas cuando así le conviene y de decir mucho empleando pocas, cuando así se lo aconseja la situación. Parece que su antiguo fraternal compadre Alfonso Guerra había puesto sus esperanzas en que se dijeran muchas. La estrategia felipesca, por tanto, aconsejaba usar pocas. De ahí que modulara dos argumentos tan cortos como eficaces. «No interesa a nadie —dijo pues— el debate sobre las personas» y menos, reforzó en otro momento, perder el tiempo en «irrelevantes discusiones».

Las esperanzas de los guerristas, y no sólo éstas, se derrumbaron. También las derechas y las de los informadores que se habían relamido esperando los placeres de una larga y compleja discusión.

El caso es que si González tenía toda la razón en desclasificar, como ahora es moda decir, el supuesto interés de las lindezas sobre las personas, no la tenía al desclasificar también la utilidad de las «irrelevantes discusiones». Lo propio de las democracias un tanto lumpen como la nuestra, es deleitarse en las discusiones irrelevantes. Sin discusiones irrelevantes no hay democracia. Más bien hay dictadura.

¿Es un dictador por medio de la palabra el secretario general del primer partido de la oposición? Como Alfonso Guerra no dijo ni pío, resulta muy arriesgado suponer que en su silencio, lo que Guerra pensaba era

eso precisamente.

No hubo por tanto irrelevantes discusiones en la cortísima sesión en la que González logró lo que pretendía y Guerra se tragó las palabras que decir quería como si fueran sabrosísimos bombones. Alcalá Zamora, que era un pico de oro, lo mismo cuando era presidente en los últimos tiempos del reinado democrático de Don Alfonso XIII que cuando era presidente de la República, enseñaba a los inquietos mocitos de aquellos tiempos que muchas palabras pueden no expresar nada y un silencio puede decirlo todo. No podía pensar anticipadamente que el silencio de Alfonso Guerra en la reunión de la Ejecutiva socialista no fuera de éstas.

Habrà que esperar a que a Guerra se le pase el telele del otro día para saber con certeza lo que su silencio significaba. El caso es que en la presidencia de la reunión, el presidente del PSOE, señor Rubial, sin corbata, tenía a su derecha a González, descorbatado, y a su izquierda a Guerra, que lucía una corbata no sé si de Celini.

Espectáculo contradictorio. A quien correspondía estar encorbatado era a González, el renovador. Renovar, empezó por negar al marxismo y avanzar hacia la derechización de su futuro y anhelado Gobierno. El antiguo, el que tenía que haber acudido sin corbata, era Guerra, cabeza, aunque un poco aturdida, de los guerristas.

Estas anomalías corbatiles despistan al electorado. Si por lo de las corbatas los conoceréis, ¿cómo se aclararán los electores izquierdistas que se proponen votar cueste lo que cueste a quienes les parezcan más de izquierdas, y fraudes y escandalazos, a la mar? La democracia es un semillero divertidísimo de contradicciones y sorpresas.



Lorenzo LÓPEZ SANCHO